

La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO III. }

MÉXICO, DICIEMBRE 1º DE 1873.

{ NUM. 49.

CUENTOS DE MI ABUELO.

LA SONATA.

M. de Voranges, agente de cambio de los mas acreditados de Paris, empleaba una parte de su caudal en dar á Blanca y Celestina, ambas hijas suyas, una educacion que debia asegurarles su felicidad, y formar el encanto de su existencia. A los beneficios de la ciencia y de una sólida instruccion, habia agregado todos los de aquellas habilidades de mero gusto. Blanca, con especialidad, hacia rápidos adelantos en el arpa. Impelida del deseo de corresponder á los sacrificios y cariñosos desvelos de sus padres, no malograba ni un instante de tiempo. Levantada desde las seis de la mañana, se entregaba inmediatamente á todos los estudios serios; y luego que podia suspenderlos, se la oía ejercitarse en el arpa, durante dos horas enteras, habituándose á los pasajes mas difíciles y á los diapasones mas fastidiosos; en una palabra, todo anunciaba en ella que el amor al trabajo no iba en zaga á la bondad del corazon.

Celestina no se cuidaba por ningun título de ser émula de su hermana. Siendo bonita y presumida, miraba con tal indiferencia y menosprecio la ma-

teria de las habilidades, que no podia hacer el menor progreso en ellas. No levantándose sino hasta las nueve, empleaba todavía dos horas en ataviarse con el traje que ella llamaba de mañana: de manera que llegaba el desayuno sin que hubiese hecho mas que bajar, y dar, segun costumbre, los buenos dias á sus padres. Despues del desayuno, mientras que Blanca se entregaba de nuevo al estudio profundo de la música, la indolente Celestina, tendida blandamente sobre un sofá, se ocupaba en adornar un sombrero con una nueva cinta, en preparar la vistosa guarnicion de una bata, ó bien, lo que le ocurría con mayor frecuencia, en aburrirse de no hacer nada.

En balde se le hacian serias amonestaciones sobre este particular; nada era capaz de sujetar su desidia ó indiferencia; y cuando Blanca le ponía palpables los inconvenientes de ello, y le daba consejos de la mas tierna amiga, respondía la desidiosa doncella, que la que era rica y hermosa poseía siempre sobradas habilidades. «Diría cualquiera al verte trabajar con tanto empeño, hermana, añadia con una maligna sonrisa, que no tienes con que vivir y que quieres ser maestra de arpa. Es bueno poseer una pequeña habilidad para lucir entre las gentes; pero llegar hasta el grado de un profesor, huele á

cosa chabacana, y solo cae bien en la gente de poco mas ó menos.»

Blanca se desatinaba con semejantes despropósitos; sostenía que la medianía en cualquiera cosa anunciaba siempre poco gusto y mucha veleidad de carácter; y que cuando nos entregamos al estudio de un arte, era un error, y tontería casi siempre, el no adelantar en él cuanto nuestras facultades nos permiten.

«¡Ah! ¡qué bellas frases, y qué primorosos discursos replicaba riendo á careajadas Celestina; te estoy viendo anunciada en los conciertos como una de las mayores arpistas de Paris, presentarte trémula y mas que medio muerta de miedo ante seiscientas personas, todas las cuales te criticarán, y en premio de semejante tormento y de tus largos estudios, te llamarán Blanca la tocadora de arpa; ¡lindo sobrenombre! ¡Qué dicha la de temblar y trasudarse toda, para divertir á los caballeros y señoras que están burlándose de nua! ¡Animo, Blanca, ánimo! ¡trabaja sin dejarlo de la mano! niégate el menor recreo; habilítate para estar continuamente á las órdenes de cualquiera dueña de casa, y de toda persona que se crea con alguna capacidad; sacrificate tontamente á todos, y te deseo toda especie de gloria y de gusto.»

Blanca, cuyo anhelo de poseer una verdadera habilidad, no podía entibiarse con la ridícula pintura que Celestina le hacia, no dejó de continuar entregándose con el mayor ardor y teson al estudio de la música; y al cabo de algun tiempo se hizo tan inteligente en el arpa, como lo era en las ciencias y diferentes idiomas. La citaban en todas partes; la deseaban en las mas distinguidas concurrencias; y mientras que Blanca recibia allí los parabienes y aplausos que tanto merecia, Celestina, desterrada en un rincon, no llamaba casi la atencion de nadie, y comenzaba á conocer que una agraciada figura y todas las gazmoñerías de la presuncion, no bastan siempre para atraerse los obsequios y miramientos, pero que todo se rinde al imperio de las habilidades.

Un suceso muy notable, y harto frecuente por desgracia, vino á convencer á la jóven indolente de esta verdad, que no hacia mas que brotar en su pecho. Los acontecimientos políticos, de que tratan de aprovecharse siempre los enemigos del Estado, ocasionaron tal trastorno en la Lonja de Paris, que un sinnúmero de agentes de cambio se hallaron, como si dijéramos, heridos del rayo, y envueltos á pesar de su prevision y reconocida probidad, en un desastre que causó la total pérdida de sus caudales.

M. de Voranges, que estaba bien distante de asemejarse á esos codiciosos especuladores y descarados trafagones, que prefieren la fortuna á la honra, no quiso hacer perder la menor cosa á los honrados capitalistas que le habian confiado sus fondos; vendió cuanto poseia, sus preciosos é innumerables muebles, una librería crecida y selecta, la que con especialidad dejó materia de sentimiento á Blanca. Madama de Voranges vendió igualmente cuanto era de uso suyo: sus diamantes, encajes, bordados, casi todo su guardaropa, una parte del de sus hijas, y hasta la primorosa arpa de Blanca, todo fué invertido en llenar el déficit que se hallaba en la caja de M. de Voranges, que cumplió con todos sus empeños. No hallándose ya M. de Voranges en disposicion de continuar un estado que exige cuantiosas anticipaciones, y temiendo no poder volver á hallar el crédito que la momentánea suspension de sus pagos le habia robado, renunció para siempre á presentarse en la Lonja, y buscó una reducida plaza de escribiente ó cajero, con la que pudiese mantener á su familia.

Fueron en balde cuantas diligencias practicó. La desgracia, que á menudo nos lo hace todo inaccesible, y aleja de nosotros al parecer hasta aquellos que creíamos nuestros mejores amigos, abrumó en tanto grado á M. de Voranges, que se vió en la necesidad de renunciar á la estancia de Paris. Alquiló una casuca en un lugar del valle de Montmorency; colocó á Celestina en casa de una mercadera de lienzo, lo que humilló sobremañera su amor propio; y Blanca fué colocada en casa de uno de los primeros arpistas, que habia sido maestro suyo por mucho tiempo. No queriendo este que el talento que Blanca poseia le fuese inútil, ofreció tenerla en su casa para cuidar de su tienda, y dar lecciones á sus discípulos mas jóvenes, á fin de que ella en lo sucesivo pudiese tener en Paris otros muchos, que por sí mismo le proporcionaria.

M. de Voranges y su esposa, despues de haber colocado así á sus dos hijas, se retiraron á la aldea de San Graciano, pobres á la verdad, pero ricos de honra y á cubierto contra toda nota, en virtud de los grandes sacrificios que hicieron. Madama de Voranges, que habia tenido en Paris un tren de casa lucido y muy dispendioso, se veia reducida á cuidar por sí misma de su cocina y demas faenas de su ajuarillo. Vestida con un tosco ropón de estameña, con un pañuelo de hombros muy comun y un sombrero de paja bastante ordinario, iba diariamente por pan, leche, carne; en una palabra, desempeñaba todos los quehaceres de una simple criada. Durante este tiempo, su marido, en el vigor de su edad todavia, se ocupaba en aserrar y partir leña, y en cultivar y regar un huertecillo, que por su trabajo y afanes comenzaba á producir una parte de lo necesario para su subsistencia. Este amable sugeto, al que habian visto en una posicion tan rillante, protegiendo las artes y recibiendo en su

casa á los que se distinguian en ellas, llevaba por todo traje una chupa y pantalon de terliz, que habian sido en otro tiempo un vestido de cazador, y se entregaba á las mas trabajosas faenas, dejándose vislumbrar, sin embargo, por medio de la profunda tristeza que se revelaba en sus facciones, la serenidad del hombre de bien.

Se habia pasado ya un año: abatida Celestina con la cruel mudanza que habia acaecido en su suerte, no se entregaba sino con repugnancia á la labor de la lencería. Su habitual desidia, unida al pesar que ella reprimia en lo interior de su corazon, no le habia dado lugar para hacer en su nuevo estado adelantos tales que la eximiesen de urgencias. Se tenia por humillada en hacer y deshacer los lios de mercaderías, y ser compañera de unas jóvenes oficiales á quienes habia encargado varias obrillas un año ántes. Era mas particularmente un martirio para ella, cuando diversas personas que habian frecuentado la casa de su padre, venian á comprar algo en la tienda donde Celestina cosia humildemente lienzo. El repentino sonrojo de su cara, y sus ojos bajos, daban indicios de su confusion. Se hubiera resuelto primero á morir, que á darse á conocer; y su turbacion no hacia entónces mas que aumentar su torpeza en el despacho, lo cual desagradaba en sumo grado á su ama la lencera, y le atraia las mas merecidas reconvenciones.

Blanca, por el contrario, deseosa de salir de la sujecion en que se hallaba así como su hermana, y mas particularmente de estar en disposicion de ofrecer

á sus padres la ayuda y consuelos de que estaban necesitados, se entregaba con todo el ardor de una alma tierna y altiva juntamente á las tareas que se le confiaban por el excelente sugeto que le habia acogido en su casa. Medio formada ya en los estilos del comercio, dirigia á todos los oficiales del taller, daba lecciones de arpa á varios discípulos jóvenes; y por medio de este ejercicio que ella repetia á cada hora del dia, llegó á ser pronto consumada artista en este hermoso instrumento: en una palabra, se hizo tan útil por su habilidad, como era querida y estimada por todas las prendas de su buen corazon. Al cabo de algun tiempo experimentó la indecible dicha de participar con los pobres solitarios de San Graciano, el fruto de sus tareas y vigiliias. Sus padres, gracias á los socorros que Blanca les habia enviado, se hallaron en estado de poder tomar una criada, y en su humilde retiro comenzaban á gozar de unos recreos ménos ostentosos á la verdad, pero mas verdaderos quizá que todos aquellos de que no habian cesado de rodearse en su suntuosa casa de Paris. En Celestina misma hicieron impresion los efectos de las habilidades de su hermana; y padeciendo ménos en su amor propio, comenzaba á armarse de valor y á ganar con qué remediar sus urgencias, particularmente la de una elegante compostura, que constituia su única ambicion. En una palabra, esta desgraciada familia, sobrellevando el fracaso con que la suerte tanto la habia oprimido, volvia á hallar con su trabajo y resignacion, la poca dicha que le estaba reservada.

[Continuará.]

MELITO Y EL GÜERO.



XXIII

Quando Melito penetró con todos los honores del triunfo á la recámara de su mamá, su mirada hubo de fijarse sucesivamente en dos objetos muy diversos: su mamá desde luego, y el Güero en seguida; el Güero, sí, el Güero que allí estaba sabrosamente recostado en el regazo de la buena señora, y sin mostrar en su actitud ni en su semblante un ápice siquiera de aquel resentimiento que habia dado lugar á las extraordinarias peripecias de esta verídica historia. Su mamá de Melito hubo de enterarse de

lo acaecido; y como era de suyo angelical, y enemiga por consiguiente de odios domésticos, intervino entre ambos contendientes, negoció la paz, y logró por fin que se firmase un tratado en dos artículos, que á la letra dice:

Art. 1º El Sr. Melito no volverá á tirar de la cola al Sr. Güero.

Art. 2º y último. El Sr. Güero no volverá á escupir ni á proferir palabras malsonantes.—Siguen las firmas.



XXIV

Hecha está ya la paz: ¿será cordial? ¿vendrá á ser una nueva edicion de las que suelen celebrar los reyes, que en último resultado no son sino niños y gatos como los de esta nuestra historia, aunque de mayor talla? Los hechos ulteriores lo dirán. Entre tanto, y para dar al mundo espectador (y el mundo espectador se encerraba aquí en el papá y la mamá)

pruebas patentes de la restablecida concordia, hizo Melito jugar al Güero como solia ántes del reciente enojo, con gran contento y diversion del respetable concurso. No, y la verdad es que el Sr. Güero sabe jugar con extraordinaria gracia; yo que le conozco y que lo he visto *trabajar* varias veces, puedo dar ámplio testimonio de ello á mis lectores.

EL MAESTRO DE LOS NIÑOS.

HISTORIA VI.

LA CÓLERA DE EDUARDO.

“El mayor enemigo del hombre es el hombre mismo. Hacéos señor de vuestras pasiones si no quereis que os tiranicen. Dáos prisa á encadenarlas para reprimir su impetuoso ardimiento.”

Eduardo era un niño irascible y de un carácter violento. En su corazón no había maldad, pero la cólera le dominaba continuamente.

El día del cumpleaños de su mamá se acercaba, quiso obsequiarla ofreciendo á su vista un grato recuerdo y una muestra de sus adelantos en el dibujo.

Durante los días en que se ocupó en su trabajo, no se encolerizó ni una sola vez. Tal es la excelencia de una buena ocupacion, y tal poder tienen hasta sobre nuestras pasiones la aplicacion y el trabajo.

Su dibujo estaba ya casi concluido. Era un paisaje pintado á la aguada, copia del natural, representando la casita campestre en que habia nacido su madre, en la hermosa vega de Granada.

Pero hé aquí que un día, al salir Eduardo del gabinete donde pintaba, se le olvidó cerrar la puerta.

Su mamá tenia una perrita americana que queria mucho, porque era muy leal y cariñosa. Pues bien, esta perrita encontró la puerta abierta, entró en el gabinete de Eduardo, se subió encima de la mesa en que estaba el dibujo, y pisando con sus patitas el color aun reciente, lo emborrónó por algunos lados.

En este momento entra Eduardo, ve á la perrita encima de la mesa, se acerca y repara en su acuarela echada á perder. Toda la sangre se le sube á la

cabeza, sus ojos se enrojecen de ira, y se apodera de él un acceso de cólera violenta. Se arranca los cabellos, pateo, grita, cierra los puños con furor, aprieta los dientes convulsivo, tira todo lo que encuentra, rompe todo que lo que tiene á mano, y hace pedazos el dibujo. Tira la caja de los colores y las salserillas á la pobre perrita, la lastima y mancha, y sale tras ella maldiciendo.

El pobre animal corre con las orejas bajas y la cola escondida á refugiarse entre los piés de su ama, y sucia como va, mancha el rico vestido de la mamá de Eduardo.

Esta se admira al ver el estado en que está su perrita; pero mas se asombra al ver entrar á su hijo descompuesto y ciego de cólera, que, sin respeto alguno, se abalanza á la temerosa perrita, y con inhumana crueldad la golpea despiadado.

El papá acude al estruendo, coge á su hijo por un brazo y le lleva delante de un espejo para enseñarle la horrible fealdad que imprime en nuestro rostro la temible pasion de la ira. Su cabeza desgredada, sus ojos desencajados y encendidos, su verdoso color, su nariz ensanchada, sus cárdenos labios, su barba temblorosa, componen un todo horrible é infernal.

Sí, queridos míos, *la ira es hija del infierno, y cuando se presenta ofrece todos los caracteres y fealdad de su padre.* ¡Huid de ella! La mansedumbre acompañó á Jesucristo en toda su peregrinacion.

Eduardo, al verse de aquel modo, se horrorizó de sí mismo, se avergonzó despues, bajó los ojos, y comprendió por último lo mal que habia hecho, porque es indudable que *al terminar la cólera empieza el arrepentimiento*, y que en el momento *antes* de hacer una cosa, debemos pensar en el momento *despues*.

Eduardo, avergonzado, acompañó á su papá al gabinete de estudio. Estaba en un desorden espantoso: las sillas tiradas, todos los papeles en el suelo; los vasillos rotos, y la caja de colores hecha pedazos.

—Eduardo, dijo con sequedad el papá, ¿qué es esto?

—Es..... es..... esa maldita perra que.....

—Y ¿ha sido la perra la que ha tirado las cillas y causado tanto estruendo y desórden? No, este desórden lo ha causado un niño soberbio y colérico, no un animalito.

—Es verdad, papá, sí, yo soy quien ha hecho todo esto; pero la perra tiene la culpa. Mire vd., yo queria regalar á mi mamá el día de su cumpleaños esa acuarela, y ese maldito animal me la ha emborronado con las patas.

—Pero ¿cómo ha entrado aquí la perrita?

Eduardo titubeó un poco, porque conoció que él tenia la culpa, y con voz débil respondió:—Yo dejé la puerta abierta y.....

—¡Ah! ¡ya! Eso es otra cosa. Conque sacamos en limpio que el pobre animal no tiene la culpa, sino tú mismo. Ahora, véamos. Trae ese dibujo ó acuarela, ó lo que sea, y examinemos con calma si tenia remedio el mal que tú creiste irreparable.

Eduardo recogió y juntó como pudo los pedazos.

—Y ¿es la maldita perra, dijo su papá, la que ha rasgado esté papel?

Eduardo, cada vez mas avergonzado, pronunció un *nó*, apenas perceptible.

Su papá, con la mayor dulzura, y contento al ver que Eduardo era al ménos sincero, señalando el papel dijo:

—Observa, mi querido Eduardo, observa que el color está todavía fresco, y que sin mucho trabajo hubieras podido quitar esas pequeñas manchas y restaurar la pintura sin que se hubiese conocido.

Si hubieras reflexionado tendrías ahora un regalo que ofrecer á tu mamá, ella te lo hubiera agradecido, porque te quiere mucho: tú estarias contento y yo tambien. En lugar de esto, al rasgar el papel has hecho irreparable tu falta, has quebrado los muebles, has cometido una injusticia con un pobre animal, que ha sufrido sin poder hablar; y ademas, en lugar de proporcionar á tu mamá un placer y una prueba de tu cariño, le has causado un susto, le has dado un sentimiento, y le has hecho una ofensa.

¿Y todo por qué, mi querido Eduardo, por qué?..... ¿Por la perra?—No, *por la cólera.*

Estas palabras bastaron para que Eduardo comprendiese toda la enormidad de su falta. Corrió á pedir perdon á su querida mamá, acarició á la perrita, que lamió sin rencor aquella mano insensata que pocos momentos ántes la habia lastimado, y Eduardo se arrepintió sinceramente; guardó en su cartera los pedazos de su malhadado dibujo, y cuando conocía que iba á encolerizarse, abría la cartera ó se miraba á un espejo.

Hijos queridos, *la cólera nos ciega y nos priva de la luz natural y de la razon.*

Huid de ella, y cuando os irriteis, miráos á un espejo, y veréis que *la cólera es la imagen espantosa del infierno.*

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO IV.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS
EN DIFERENTES LUGARES FUERA DE NUESTRA
CASA.

ARTICULO I.

Del modo de conducirnos en la calle.

(Continúa.)

XXXV

En el caso del párrafo anterior, la persona á quien hablamos nos excitará desde luego á que nos cubramos; pero si por su edad ú otras circunstancias, fuere ella demasiado respetable para nosotros, no cedamos á su primera insinuacion, bien que nunca esperaremos á la tercera.

XXXVI

Jamas deberá un caballero incorporarse con una señorita que no vaya acompañada de alguna perso-

No dejes con desaliento
Por el dolor de un momento
El sendero en que caminas;
Que no hay rosas sin espinas,
Ni gloria sin sufrimiento.

JOSÉ ROSAS.

na respetable, á ménos que sea un sugeto de avanzada edad, y que al mismo tiempo lleve relaciones de íntima amistad con su familia.

XXXVII

Tampoco es lícito á un caballero, y mucho ménos si es jóven, el detenerse á conversar con una señorita ó señora jóven que se encuentre sola en la ventana, por muy íntima que sea la amistad que con ella tenga.

XXXVIII

Evitemos, en cuanto nos sea posible, el detenernos por largo rato á conversar con señoras que estén en sus ventanas, aunque sean personas de edad ó se encuentren acompañadas; y cuando alguna vez nos detengamos estando á caballo, guardémonos de embarazar el paso y quitar la acera á los transeuntes, especialmente á las señoras y demas personas de respetabilidad.

XXXIX

Es un acto muy incivil el conservar ó tomar la acera cuando ha de privarse de ella á una persona á quien se debe particular atencion y respeto. Para el uso de la acera hay reglas fijas, las cuales no pueden quebrantarse sin faltar abiertamente á la urbanidad.*

XL

En todos los casos, el inferior debe dejar la acera al superior, y el caballero á la señora; y cuando se encuentren dos personas de circunstancias análogas, la regla general es que la conserve el que la tiene á su derecha.

XLI

Una persona sola debe ceder la acera á dos ó tres personas que encuentre juntas; á ménos que le sean todas inferiores, pues entónces serán ellas las que deberán cederla.

XLII

Cuando van tres caballeros juntos deben marchar en una misma línea lateral, tomando el centro el mas caracterizado, y el lado de la acera el que le siga en respetabilidad. Pero si yendo un sugeto de alto carácter los dos que le acompañan le son muy inferiores, entónces llevará aquel el lado de la acera, y estos se situarán en el orden que les indiquen sus respectivas circunstancias.

* Estas reglas son ménos severas en las ciudades muy populosas, donde la grande afluencia de gente en las calles haria embarazoso el exámen de las personas, para cederles ó no la acera, segun las circunstancias que se expresan en este artículo. En tales casos la única regla que se sigue es la de dejar la acera á la persona que la tiene á su derecha.

En las calles mas concurridas de algunas grandes ciudades se destina cada una de las dos aceras para marchar en una sola direccion, de manera que nunca se encuentran de frente los transeuntes en un mismo punto.

Dá á aquellos que no te quieren
De bienes crecida suma
Por cada mal que te hicieron;
Que así el sándalo perfuma
El hierro con que le hieren.

JOSÉ ROSAS.

XLIII

En ningun caso deberán marchar mas de tres personas en una misma línea lateral.

XLIV

Cuando de dos ó tres personas que encuentren á otra sola le sea una superior y las demas inferiores, estas se abrirán dejando á aquella la acera, para que la persona sola pase por en medio.

XLV

Cuando yendo una persona respetable en medio de otras dos encontraren á una persona sola, inferior á aquella, y al mismo tiempo superior á la que lleva la acera, esta cousevvará siempre su puesto.

XLVI

Cuando son señoras las que van, se observa generalmente lo siguiente: 1º, una señora y una señorita marchan en una misma línea; 2º, si van dos señoras y una señorita; las señoras van juntas y la señorita por delante; 3º, si son tres señoras, marchan en una misma línea; 4º, si es una señora y dos señoritas, la señora marcha sola y las señoritas por delante; 5º, si son tres señoritas, ó marchan todas juntas, ó la de mas edad va sola y las demas por delante, ó las dos de mas edad van juntas y la otra por delante.

[Continuará]

EL AGUACERO.

Mirad, mirad una nube
Y tras ella muchas mas;
Los árboles que se inclinan
Cual si quisiesen pensar.

Una gota ya cayó
Y muchas otras caerán:
¿No mirais? relampaguea;
Corramos, vá á comenzar.

Bajo los sauces tupidos
A guareceros llegad;
Caiga la lluvia, que aquí
No nos habrá de mojar.

Bien hayan los altos fresnos
Que amiga sombra nos dan,
Y amorosos nos protegen
Del soplo del vendabal.

De la colina y el monte
Los corderos bajan ya,
Y tras ellos los pastores
Que les guardan, bajarán.

Sobre las pálidas nubes,
¡Cuán majestuoso, mirad!
Su banda de azul y rojo
El iris vá á desplegar.

Y cuál las límpidas hojas
Cargadas ya de humedad,
En vez de abrigo clemente
Lluvia de perlas nos dan.

Mirad el lirio del valle
Que el suelo llegó á besar;
Ya alza el tallo que doblara
A impulso del huracan.

¡Bello está el cielo! las nubes
Se comienzan á rasgar,
Y entre ellas nos manda el sol
Su fúlgida claridad.

Todo en la tierra renace
Nueva vida á disfrutar;
Que despues de un aguacero,
Vive todo y goza mas.

ANGELA LOZANO.

México, Noviembre 6 de 1873.

Guarda respeto al anciano,
Ama constante á tu hermano,
No le ofendas ni le oprimas;
Que si su mano lastimas,
Lastimas tu propia mano.

JOSÉ ROSAS.

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

Los árboles descuidados, ¿no se harán agrestes é infructuosos, y por el cuidado no producirán frutos?
¿Qué cuerpo será tan fuerte que no se debilite con la vida desordenada?

¿Y cuál tan débil que no pueda ser fortificado por la educacion?

Los caballos bien amaestrados, cuando son potros ¿no son obedientes á su ginete? Y los no amaestrados, ¿no son salvajes y de boca dura?

¿No se doman las bestias mas salvajes?

El carácter humano, considerado bajo este punto de vista, no es mas que un hábito muy arraigado.

Así como es necesario manejar de cierta manera los miembros del niño, aun inmediatamente despues de su nacimiento, para que crezcan proporcionados, así debe tambien educarse el carácter moral, en tanto que el niño es débil y tierno, desde su mas tierna edad.

El corazon de los niños es como cera; sobre él se pueden imprimir, como con un sello, impresiones de sabiduria y virtud; así es que cuando se han endurecido, no se borran sino con dificultad, y en cierto modo se resisten á recibir algunas nuevas.

Se debe hacer que los niños aprendan temprano cosas útiles.

Como el plantador de viñas coloca estacas cerca de ellas para sostenerlas, así el maestro debe proporcionar buena enseñanza y amonestaciones á los niños para que tengan un buen carácter moral. Y con este fin, deben tener los niños maestros que reunan á una verdadera moralidad, un rico acopio de ciencia y experiencia.

El que obra de otro modo, es como un enfermo que desdeña al verdadero médico y envía por un curandero, quien destruye su vida con un ignorante tratamiento; ó como un comerciante que desprecia á un hábil capitán, y emplea en su lugar al ménos hábil.

Una buena educacion, incluyendo la instruccion debida, es el primero, medio y último modo de que la juventud llegue á ser virtuosa; miéntras que cualquiera otra cosa buena, como la riqueza, alto nacimiento, belleza, etc., son indignas de aspirar á ellas en comparacion de aquella educacion.

Debe protegerse á los niños de las locuras y compañía de los malos, y debe enseñárseles á decir verdad; nunca olvidar que la mentira es dañosa y merece ser universalmente aborrecida.

Cuando por avaricia, ignorancia ó alguna otra causa, descuidan á sus hijos, las tristes consecuencias que castigan tal conducta, no dejan de sobrevenir.—PLUTARCO.

El mejor blason de una raza noble será el educar á sus niños, aun en medio de las riquezas, para hacer hombres nobles que sean un recuerdo de su familia y de sí mismos.—PLAUTO.

Dá al pobre con santo anhelo
Lo que mires que te sobre,
Y alivia su amargo duelo;
Que el pan que le des al pobre
Debes hallarlo en el cielo.

JOSÉ ROSAS.